

SALUDO FINAL: "VAYAN EN PAZ"

"...Levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén"
Lc 24, 33



Motivación

Preparar una mesa con un pan grande partido, con varios vasos con algún refresco alrededor. Poner en el centro un cirio encendido. Se puede proyectar algunas imágenes de distintas personas que irradian alegría y felicidad cuando participan en la Eucaristía. Al final de la catequesis, se comparte el pan y el refresco con los participantes.





Lucas 24, 31-34

“Entonces les fueron abiertos los ojos y le reconocieron; pero Él desapareció de la presencia de ellos. Y se dijeron el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino, cuando nos abría las Escrituras? En ese mismo instante se levantaron y volvieron a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos, los cuales decían: «¡En verdad el Señor ha resucitado, y se le ha aparecido a Simón!»”.

Palabra de Dios.

Pautas para la reflexión

La Eucaristía puede entenderse como un sacramento pascual ya que, en sus orígenes, Cristo mismo le dio ese sentido celebrando la cena de pascua con sus discípulos, aunque con un sentido mayor, pues el misterio pascual de Cristo es esa nueva alianza que la Iglesia ha recibido y continuado en el sacramento del altar.

Ahora vamos a destacar algunos signos que nos permiten comprender esa estrecha relación entre Eucaristía y Resurrección a la luz del pasaje bíblico de los discípulos de Emaús.

1. *Comunión:* Es el primer signo de la Resurrección. La mayoría de discípulos continúan juntos, viven unidos y no han perdido la fe de la resurrección. La comunión en esa fe y en la solidaridad con todos los hermanos, es la que hace posible que experimentemos la presencia de Jesús resucitado. Precisamente la Eucaristía es llamada también sacramento de la comunión. A través de ella orientamos nuestra vida hacia el encuentro con Dios y con el prójimo.

2. *Paz:* Es el saludo de Jesús resucitado a sus discípulos, es fruto precisamente de la comunión con Dios y los hermanos y que, a su vez, genera esperanza y un “ardor” en el corazón. En la Eucaristía nos damos la paz, nos deseamos la paz y nos despiden: “pueden ir en paz”.

3. *Alegría frente a la tristeza:* La presencia de Cristo Resucitado nos descubre el gran secreto del amor de Dios: la vida eterna. Ello convierte nuestra existencia en un surtidor de alegría, la misma que sintieron los discípulos de Emaús cuando se encuentran con Jesús y la que debemos sentir nosotros cuando participamos activamente en la Eucaristía.

4. *Esperanza frente al pesimismo:* La Resurrección de Cristo nos exige confiar y esperar en Dios, de hecho, quien espera en Él, es capaz de llegar a cumplir los más altos ideales. Los discípulos de Emaús se llenan de esperanza, porque no están solos, el resucitado está con ellos. ¡La Eucaristía nos da la fuerza necesaria para ser generadores y portadores de esperanza!



5. Amor frente al egoísmo: Es el mandamiento que nos identifica como cristianos y el que tiene la capacidad de humanizarnos mientras vamos de camino; es el pasaporte necesario para entrar en el país del cielo. El amor que recibimos y experimentamos en la Eucaristía, nos renueva y transforma.

6. Perdón frente al odio: La fe en el Resucitado nos exige abrir el corazón al perdón y la reconciliación, y es así como damos testimonio de que Cristo vive en medio de nosotros. En cada Eucaristía, en los ritos iniciales tenemos la oportunidad de reconciliarnos con Dios y con los hermanos; este sacramento no solo nos alimenta, también nos sana, renueva y transforma.

7. Ilusión frente al desencanto: Jesús resucitado que se hace compañero de camino como lo hizo con los discípulos de Emaús nos hace ver el horizonte de nuestra existencia con unas lentes muy especiales: detrás del fracaso aparente, espera un mañana feliz. En cada Eucaristía ponemos en las manos de Dios nuestros sueños, ilusiones, proyectos e ideales para que sean iluminados, acompañados y llevados a buen término por nuestro Dios y Señor.

8. Valentía frente a la cobardía: La presencia de Cristo resucitado nos confiere fuerzas para seguir adelante. Él ha cumplido y, por lo tanto, nos da una buena inyección de fortaleza. Fuerza que recibimos en el sacramento de la Eucaristía para no desfallecer en el camino de la vida.

9. Fe frente a las dudas: La fe en el resucitado nos orienta por el camino cristiano que hemos emprendido en el día de nuestro Bautismo. Fe que se nutre en cada Eucaristía y que se fortalece con nuestros hermanos.

Como los Discípulos de Emaús hoy también nosotros podemos entrar en diálogo con Jesús escuchando su palabra. También hoy, Él parte el pan para nosotros y se entrega a sí mismo como nuestro pan. Así, el encuentro con Cristo resucitado, que es posible también hoy, nos da una fe más profunda y auténtica, templada, por decirlo así, por el fuego del acontecimiento pascual; una fe sólida, porque no se alimenta de ideas humanas, sino de la palabra de Dios y de su presencia real en la Eucaristía.



Comprendamos

Igual que los Discípulos de Emaús, en muchos momentos de la vida nos hemos sentido decepcionados, cansados, perdidos. Así que les invitamos para que en actitud de recogimiento nos hagamos las siguientes preguntas: ¿Por qué tanta frustración y desencanto entre nosotros? ¿Por qué tanta indiferencia y rutina en nuestra vida? ¿No necesitamos, antes que nada, un contacto más real con Jesús? ¿No necesitamos aprender a celebrar la Eucaristía no solo como precepto, sino como sacramento que da vida?

Reflexionemos

Sentado a la mesa con ellos tomó el Pan (P. José Antonio Pagola)

La Eucaristía no es solo el centro de la liturgia cristiana. Es, además y por eso mismo, la experiencia que, vivida domingo tras domingo, puede alimentar las grandes actitudes que configuran la vida de un cristiano. El que come y bebe en esa cena, alimenta su vida de discípulo fiel de Cristo.

La Eucaristía es acción de gracias a Dios por la vida y por la salvación que nos ofrece en su Hijo Jesucristo. Las palabras de acción de gracias, la estructura de todo el conjunto, el tono de toda la celebración contribuyen a vivir una experiencia intensa de alabanza y agradecimiento a Dios que no debe reducirse a ese momento cultual. La vida cotidiana de un cristiano ha de estar marcada por la acción de gracias.

La Eucaristía es comunión con Cristo resucitado. Jesús no es una figura del pasado, alguien cada vez más lejano en el tiempo, sino el Señor de todos los tiempos que permanece vivo entre los suyos. No somos seguidores de un gran líder del pasado. La Eucaristía nos enseña a vivir en comunión con un Cristo actual, acogiendo realmente hoy su espíritu y fuerza renovadora.

La Eucaristía es también escucha de las palabras de Jesús que son «espíritu y vida». Para un discípulo de Cristo, el evangelio no es un mero testamento literario o un texto fundacional. En la Eucaristía nos reunimos para escuchar la palabra viva de Jesús que ilumina nuestra experiencia humana de hoy. Esa acción dominical nos invita a no vivir como ciegos, sin evangelio ni luz alguna. El cristiano vive alimentado por la Palabra de Jesús.

La Eucaristía es un acto comunitario por excelencia. Todos los domingos, los cristianos dejan sus hogares, se reúnen en un templo parroquial o capilla y forman comunidad visible de seguidores de Jesús. Todas las oraciones de la

Eucaristía se dicen en plural: invocamos, pedimos perdón, ofrecemos, damos gracias... siempre juntos. Los textos dicen que somos «familia», «pueblo» «Iglesia». No se nos debería olvidar. Los cristianos no somos individuos aislados que, cada uno por su cuenta, tratan de vivir el evangelio. Formamos una comunidad que quiere ser en el mundo testimonio e invitación a vivir de manera fraterna y solidaria.

La cena de Jesús resucitado con sus discípulos en la aldea de Emaús es una invitación a reavivar nuestras eucaristías dominicales.



Iluminación Doctrinal

La Eucaristía, fuente y cima de la vida y misión de la Iglesia

Con esta afirmación, que encontramos en la Exhortación apostólica *Sacramentum Caritatis*, del papa emérito Benedicto XVI, se quiere expresar la relación esencial y compleja que existe entre Eucaristía y la misión de la Iglesia. No se puede entender la una sin la otra, porque se implican mutuamente y se necesitan. Relación que se ve reflejada en los discípulos de Emaús, que una vez que reconocen a Jesús en la fracción del pan se regresan unidos a Jerusalén a compartir la experiencia de Cristo resucitado a sus hermanos. Dicha relación podemos explicarla con tres afirmaciones:

a) **La Eucaristía hace la Iglesia:** Porque gracias a la Eucaristía es que la Iglesia puede celebrar y adorar el misterio de Cristo presente en el Santísimo Sacramento, precisamente porque Él mismo se ha entregado antes a ella en el sacrificio de la cruz. La Iglesia puede hacer la Eucaristía porque “Él nos ha amado primero” (1 Jn 4,19). Es el amor que experimentaron los discípulos de Emaús mientras caminaban con Jesús.



Cada uno de nosotros, por el Bautismo, nos incorporamos en el misterio de la muerte y resurrección de Cristo y, como consecuencia, somos insertados a su Iglesia. Pero es en cada Eucaristía donde se hace presente en plenitud ese misterio donde se renueva, fortifica y profundiza dicha incorporación a la Iglesia. Donde se fortalece nuestra fe y esperanza para compartir la experiencia de Cristo resucitado.

b) *La Eucaristía manifiesta la Iglesia:*

Si la Eucaristía es fuente de la comunión eclesial, es también su máxima manifestación. Así lo afirmó San Juan Pablo II: “La Eucaristía es epifanía de comunión, la suprema manifestación sacramental de la comunión de la Iglesia” (Ecclesia de Eucharistia, 38). En efecto, siempre que una comunidad eclesial, por pequeña y lejana que sea, se reúne en torno al altar para celebrar la Cena del Señor, se manifiesta la comunión eclesial en todas sus riquezas y aspectos.

La Eucaristía nos permite y nos exige vivir la comunión fraterna tal como lo enfatiza Jesús en los evangelios. Amor y fraternidad que se traducen en comprensión, afecto, perdón, solidaridad, inclusión, acogida, etc. Comunión fraterna que fue el signo distintivo de las primeras comunidades cristianas. Pues la Eucaristía nos abre necesariamente a la comunión con toda la humanidad y especialmente con todos los pobres y excluidos.

c) *La Eucaristía envía a la Iglesia:* La Eucaristía no es solo fuente y culmen de la vida cristiana; lo es también de su misión. En efecto, no podemos guardarnos para nosotros la experiencia del amor de Dios que celebramos en cada misa. Así fue como lo comprendieron los discípulos de Emaús cuando se levantan al momento y van a Jerusalén a compartir con sus hermanos lo que han vivido y celebrado. Lo cual indica que una Iglesia auténticamente eucarística es por necesidad una Iglesia misionera.

En la Eucaristía Cristo resucitado nos da su espíritu y nos envía a proseguir la gran aventura de la evangelización. A compartir con los demás la gran alegría de habernos encontrado con Jesús. Pues todos los que se encuentran con el Resucitado se sienten llamados a comunicar a otros: “Hemos visto al Señor”.

El misterio de la Eucaristía nos capacita e impulsa también a denunciar las situaciones de injusticia y explotación que llevan a morir de hambre a tantas personas, y a compartir nuestros bienes con los más necesitados. A esforzarnos por establecer una paz verdadera, basada en la justicia, la reconciliación y el perdón. A actuar responsablemente en el cuidado de nuestra casa común, amenazada en tantas partes del mundo. A convertirnos en “pan partido” para los demás y a trabajar por la fraternidad universal, tal como nos lo pide el papa Francisco.



Compromiso

La Eucaristía no es una obligación, es una necesidad. No se puede ir a misa solo por tradición o costumbre. Tampoco podemos tener la Biblia como un libro de adorno y pensar que con solo tenerla abierta en un salmo o pasaje bíblico ya estamos salvados. El relato de Emaús habla de dos experiencias básicas. Los discípulos no leen un texto, escuchan la voz inconfundible de Jesús que hace arder su corazón. No celebran una liturgia, se sientan como amigos a la misma mesa y descubren juntos que es el mismo Jesús quien los alimenta. Así que nuestro compromiso es participar de manera consciente y activa en la celebración eucarística y sacar buen espacio para meditar los evangelios y sentir que es Jesús el que nos sigue hablando y acompañando.



Oración

*“Quédate con nosotros, Señor, porque atardece;
que el camino es arduo, y fuerte el cansancio.*

*Quédate para decirnos tus palabras vivas
que serenar la mente y remueven el alma.
Aviva el rescoldo de nuestro pobre corazón,
disipa las dudas y quita el miedo.*

*Quédate y purifica rostro y entrañas;
abrasa nuestra tristeza;
danos esperanza.*

*Pártenos el pan de tu compañía;
ábrenos los ojos de la fe adormecida.*

*Quédate y renueva valores y sueños;
danos otra vez tu joya y tu paz.
Condúcenos siempre por el mundo, en la vida,
para ver tu rostro en las personas "heridas".*

*Quédate con nosotros, Señor, que el día ya decae,
que el camino es arduo, y fuerte el cansancio”. **Amén.***